

MEMORIA DEL OLVIDO

Panorámica de San Lorenzo (I)

JOSE ANTONIO ABELLA

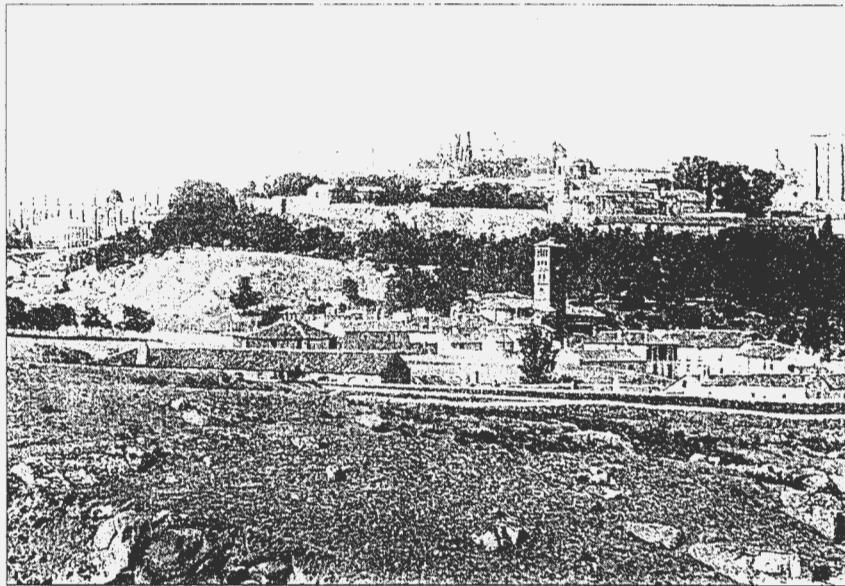
Principios de siglo. Desde las inmediaciones de la actual Vía Roma, el barrio de San Lorenzo ofrece la imagen de un pequeño pueblo castellano, con el caserío agrupado en torno a la torre de su iglesia, tal y como todavía hoy se puede ver en su plaza, cuya belleza sencilla no puede sino arrancar exclamaciones de admiración a cuantos viajeros la visitan. La ciudad, al fondo, nos muestra su fachada noreste: el Acueducto, la Casa de las Cadenas, la Torre de San Sebastián, el Seminario, San Juan de los Caballeros, el chapitel de San Martín y el ábside de la iglesia conventual de San Agustín. A los pies del Acueducto, el edificio del Parador, lugar de encuentro de arrieros y viajantes cuyo ambiente quedó reflejado por Ramón Gómez de la Serna, que allí se alojó en 1921, mientras escribía «El secreto del Acueducto».

Nada, excepto su plaza, recuerda en el San Lorenzo de hoy al San Lorenzo de Ayer. En torno a los años sesenta, inaugurando la época del «desarrollo a toda costa», una ola de euterría y destrucción se cebó en el paisaje de nuestras ciudades. Segovia no habría de ser una excepción. Poca calidad y mal gusto pagados a precio de oro. Falta de planificación, de escrúpulos éticos y de sentido común. Entre los tejados, aparece tímidamente la torre de ladrillo de la iglesia, como reliquia de un paisaje irrecuperable. Y junto a la torre románica, la chimenea de Gil Vargas, reliquia también, aunque de un despertar económico recientemente quebrado. Confieso en que el encresamiento del bosquecido que aparece en el primer plano de la fotografía actual cubra con su vegetación, piadosamente, las huellas de un período lamentable, cuyos tentáculos se prolongan hasta la actualidad.

Desde este ángulo, la Segovia amurallada apenas ha sufrido variaciones y su imagen sigue siendo la de una ciudad de ensueño, hecha a la medida de los hombres y sus anhelos de armonía. Pero faltaríamos a la verdad si pasáramos por alto la herida producida por las frías aristas de la Escuela de Magisterio, clavada como un puñal en el costado de la ciudad. Nuevamente citaremos a Luis Felipe de Peñalosa: «Para mayor escarnio, una obra de promoción estatal, suplantó, con su insípida arquitectura, la fronda de huertos y jardines».

INICIOS DE SIGLO. El barrio de San Lorenzo se asemeja a un pueblo castellano.

(Foto cedida por Doblotan)



1993. La Escuela de Magisterio suplanta la fronda de huertos y jardines.

(Foto M. J. Martín)

